

LA CONCIENCIA SOCIOLOGICA EN LA ILUSTRACION ESCOCESA

Juan Salcedo

RESUMEN.— Este artículo tiene como finalidad hacer explícitas las aportaciones teóricas a la sociología económica, que realizó la llamada «Ilustración escocesa», a través del análisis de dos de sus pensadores: Ferguson y Smith.

El estudio científico de los autores anteriormente mencionados, en relación a los problemas sociales, enriqueció las disciplinas de la sociología y de la economía política, y por lo tanto reivindicamos un puesto para ellos en la historia del pensamiento sociológico, basándonos fundamentalmente en las aportaciones que realizaron en la temática de la división del trabajo, como elemento fundamental del cambio social.

Al mismo tiempo, sostenemos que existen grandes diferencias entre ellos, en el sentido que Smith se centró fundamentalmente en la idea del interés individual, mientras que Ferguson incidiría mucho más en los aspectos colectivos. Todo ello podría haber dado lugar a dos escuelas sociológicas bien diferenciadas: la colectivista a partir de Ferguson y la individualista a partir de Smith.

I

Es práctica habitual en toda disciplina científica remontarse a sus orígenes últimos con objeto de deslindar la historia de su praxis en dos períodos claramente definidos: uno, acientífico o precientífico en el que predominan juicios, prácticas o ideas indefendibles en el estado actual del saber de la disciplina en cuestión; otro, científico, donde los razonamientos son acordes con la forma contemporánea de enfocar problemas importantes o experimentos fundamentales. Generalmente el período de transición de una a otra fase queda cubierto mediante vagas referencias a los precursores o, en el mejor de los casos, a los fundadores de la disciplina.

No es mi objetivo último en estas páginas la búsqueda de los fundadores de la Sociología. Aparte de ser una tarea sin demasiado objeto, probablemente sus

resultados no serían aceptados ni aceptables por la generalidad de los colegas, dada la subjetividad del empeño. Hay quienes se empeñan en ver a Ibn Khaldoun (o Abén Jaldún) como el primer sociólogo, y a sus *Prolegómenos* como el primer tratado del conflicto en la estructura social. Montesquieu o Alexis de Tocqueville gozan también del raro privilegio de ser deseados como apóstoles fundadores o quasi-sociólogos por buena parte de los estudiosos del tema, aunque otros prefieren esperar el advenimiento de Comte para fijar el natalicio. Sin embargo, incluso aunque no fuese relevante la búsqueda de los fundadores de la Sociología, sí parece pertinente la especulación sobre el nacimiento u origen de la moderna forma de razonar sobre la sociedad.

Siguiendo un enfoque «colectivista», creo que el origen de ese cambio de enfoque en el razonar sobre la sociedad ha de ser colectivo, y fruto de un cambio general en el ambiente intelectual de la época. Por ello, le concedo mayor validez a una interpretación que señale una escuela o colectivo como origen, antes que adjudicárselo a un individuo aislado como han pretendido algunos autores con Montesquieu o Comte.

El desarrollo de estas páginas está basado en una idea central: la de que el período histórico conocido por la Ilustración Escocesa (*The Scottish Enlightenment*) es el momento clave en que en Europa se inicia de manera irreversible el cambio profundo de un pensamiento de corte teológico-filosófico, al pensamiento sociológico, objeto de interés para mí en este caso.

Con ello no hago sino profundizar en una hipótesis muy querida por Gómez Arboleya, cuando atribuyó a los moralistas escoceses, que escribieron durante el período histórico de la Ilustración, una importancia decisiva en la Historia del Pensamiento y de la evolución material de Occidente¹. Más recientemente que Arboleya, Louis Schneider ha afirmado:

«Los moralistas escoceses son hombres cuyo trabajo, en una gran variedad de áreas, incluía muchos aspectos que hoy en día, calificaríamos como de 'sociológicos'. Formaron un grupo más o menos definido que hace ya mucho tiempo alcanzó reconocimiento general como tal, aunque no haya un consenso general en todos los nombres que podrían o no estar incluidos en ese grupo, pero sí sobre los principales»².

Además de ser un tema relevante en el desarrollo de nuestra disciplina, está en estrecha conexión con el desarrollo intelectual del pensamiento de los siglos XIX y XX español. Julián Marías ha destacado en repetidas ocasiones la influencia de la llamada «escuela escocesa del sentido común» en la obra española de Jaime Balmes y Menéndez Pelayo y, por influencia de éstos, en Arboleya³.

Por todo ello, a lo largo de esta exposición voy a profundizar en una lectura sociológica de los Ilustrados Escoceses. Lo considero de la mayor importancia

¹ Enrique Gómez Arboleya, *Historia del Pensamiento y de la Estructura Social*, Madrid: I.E.P., 1957, cap. 4.

² Louis Schneider, *The Scottish Moralists*, Chicago: University of Chicago Press, 1967, P. XI.

³ J. Marías y P. Laín Entralgo, *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*, Madrid: Guadarrama, 1964, p. 197.

en el desarrollo histórico de la sociología, a la vez que se encuadra dentro de una de las diversas tradiciones intelectuales españolas. Aunque no comparto ideología ni visión del devenir social con Balmes, Menéndez y Pelayo o Arboleya, no quiero dejar pasar la ocasión sin reconocer su altura intelectual y su importancia como guía de toda una tradición intelectual española que respecto, aunque esté en desacuerdo con sus presupuestos sociales de partida.

Para ello, voy a proceder a desarrollar mi razonamiento en diversas fases. Inicialmente, situaré la Ilustración Escocesa en su entorno material e histórico, con referencia a factores religiosos, económicos y políticos que posibilitaron su surgimiento. Más adelante destacaré el eje director común del pensamiento de los moralistas escoceses, y sus conexiones personales e intelectuales con Rousseau y Montesquieu, y su entorno. Después desarrollaré una lectura sociológica de Adam Ferguson y Adam Smith, destacando los aspectos sociológicos de la obra de ambos, y criticando el encasillamiento que algunos pretenden hacer de la obra de Ferguson presentándola como filosofía moral y política, o la de Smith, relegándole al papel de creador de la economía moderna o de fundador del liberalismo, cuando la realidad es mucho más rica y matizada. En realidad, el sentido último de estas páginas es reivindicar el papel de Ferguson y Smith como sociólogos, en paridad con Montesquieu, y demostrar y realzar su potencial influencia en la Sociología del siglo XIX y en la contemporánea.

II

Hace poco tiempo que Mac Rae, en un conocido ensayo sobre Adam Ferguson⁴, se preguntaba las razones por las que la Escocia del siglo XVIII fue «intelectualmente vigorosa y culturalmente creativa, como nunca hasta o desde entonces». Tanto es así que Edimburgo, llamada por muchos la «Atenas del Norte» experimentó un surgimiento intelectual comparable al de París en el siglo XIII, Brujas en el XV o Salamanca en el XVI.

Como en tantos y tantos procesos históricos, el surgimiento escoces (preludio de la Ilustración Francesa, la Inglesa, y por supuesto la Alemana o la Española) carece aún de una interpretación causal y de análisis detallados plenamente satisfactorios y universalmente admitidos. Ello, a pesar de la excelente tradición historiográfica de universidades escocesas; como Glasgow, St. Andrews, o la propia Edimburgo. Sin embargo, como el hecho mismo de que exista la Ilustración escocesa es un fenómeno sociológico de primera magnitud, se hace necesario proceder a un examen de las causas de ese surgimiento. Para ello, permítaseme hacer un brevísimo recorrido por la historia escocesa durante los Estuardo.

En primer lugar quiero hacer mención de la cuestión religiosa. La Reforma se extendió en Inglaterra y Escocia de forma totalmente distinta a lo largo del

⁴ D.G. Mac Rae, «Adam Ferguson», en T. Raison (Ed.) *The Founding Fathers of Social Science*, Londres: Scholar Press, 1979, pp. 26-35.

siglo XVII. En Inglaterra se mantuvo la antigua organización anterior a la Reforma, por la cual el clero establecido y organizado en la Iglesia de Inglaterra mantenía un férreo control de la liturgia, y dominaba las relaciones Iglesia-fieles, con el único control de la Corona y luego del Parlamento.

Por el contrario, en Escocia los laicos tomaron parte muy activa en la organización y gobierno de la Iglesia, que escapa al control de la dinastía Estuardo y de la nobleza, quedando en manos de grupos informales constituidos por fieles laicos y sacerdotes, con un funcionamiento muy descentralizado y no sometido, directamente al control de instancias políticas o de la gran propiedad agraria. La cuestión religiosa está presente en las guerras civiles de la primera mitad del siglo XVII, en combinación con luchas tribales de una ferocidad difícilmente imaginable, hasta que en 1689 con el triunfo de la Revolución en toda la isla, queda establecido el Presbiterianismo como la religión nacional, subordinada al Estado.

Se trata de un hecho importante ya que los presbiterianos, con una fuerte herencia calvinista, y unos grandes resabios de doctrina predestinacionista⁵, así como con una descentralización y organización más democrática que la de la Iglesia de Inglaterra, estaban en posición de fomentar la actividad económica en Escocia cuando se diesen las condiciones adecuadas para ello. El propio Max Weber, en su *Ética protestante*⁶ nos confirma como Buckle, en Escocia, ya insistía en la existencia de una mayor actividad económica y comercial por parte de los presbiterianos laicos que por parte de los católicos en similar situación. No estoy adhiriéndome, sin embargo, a la denominada por Eisenstadt «Tesis de la ética protestante»⁷, sino que estoy señalando un punto en la evolución de la estructura social escocesa: el predominio en la esfera religiosa, a partir de 1689, de una forma de organización que favorecerá el progreso material cuando se den las condiciones óptimas para ello.

¿Y cuándo se dieron esas condiciones?. De momento, y a lo largo del siglo XVII, la situación es todo menos apropiada para el progreso. En el terreno estrictamente sociopolítico Escocia poseía un sistema tribal pre-feudal con un crecimiento demográfico aparentemente muy por encima de sus posibilidades económicas o alimentarias. El tema del crecimiento demográfico escocés es, quizás, uno de los grandes desafíos científicos de todos los tiempos. Los métodos de la demografía histórica son difícilmente aplicables a Escocia, y los grandes estudios históricos, como el *Domesday Book* y los escritos de Gregory King no se ocupan de Escocia por falta de datos fiables. Incluso el propio Malthus en épocas más recientes ha de fiarse de afirmaciones no cuantificadas de Hume y Robertson sobre el volumen de población en Escocia, señalando en su *Ensayo sobre el principio de la Población*:

«Es posible que las tierras altas de Escocia sean, entre todas las regiones de la Gran Bretaña, las que tienen un excedente mayor de población. (...) los hechos

⁵ Bryan Wilson, *Sociología de las sectas religiosas*, Madrid: Guadarrama, 1970, p. 49 y ss.

⁶ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona: Península, 1969, p. 38.

⁷ S.N. Eisenstadt, «The Protestant Ethic Thesis», en R. Robertson (ed.), *Sociology of Religion*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969, pp. 297-318.

descritos... no pueden explicarse racionalmente sin suponer una fuerte tendencia en esos pueblos a reproducirse y a reponer sus pérdidas recurriendo al poder prolífico de la naturaleza»⁸.

Más adelante, y trabajando con datos referidos al período 1750-1800, es decir, a la segunda mitad del siglo XVIII, Malthus cita algunos datos referidos a determinadas parroquias de Escocia, que he recalculado para adaptarlas al contenido de los modernos indicadores demográficos, y que pueden resumirse de la manera siguiente:

1. Esperanza de vida al nacer (1750-1801)	46,6 años
2. Tasa bruta de natalidad	22,7‰
3. Tasa bruta de mortalidad	17,8‰
4. Diferencia	4,9‰

Si se comparan estos datos, con otros más fiables obtenidos para el mismo período para Inglaterra y Gales y citados también por el propio Malthus,

1. Tasa bruta de natalidad	33,3‰
2. Tasa bruta de mortalidad	25,0‰
3. Diferencia	18,3‰

podemos concluir que, si los datos fuesen ciertos, la pretendida prolificidad de los escoceses (nada menos que de seis a siete y medio *hijos vivos* por matrimonio, según Malthus) no pasaría de ser una leyenda inverificable, al menos por el momento⁹.

Sin embargo, la creencia está bien extendida, tanto es así que historiadores sociales de la talla de Trevelyan, al analizar los beneficios mútuos derivados de la unión de Inglaterra con Escocia, señala:

«Escocia proporcionó lo que Inglaterra no tenía, una población tosca y endurecida, acostumbrada a defenderse con las armas en la mano. Las dos naciones eran el complemento la una de la otra. (...) Inglaterra no era ni feudal ni democrática; el espíritu guerrero de Escocia estaba compuesto de ambos elementos, formidablemente fusionados¹⁰.

Sea cual sea la realidad, parece más prudente inclinarse por una interpretación según la cual el crecimiento demográfico escocés a lo largo del siglo XVIII, si bien no era muy fuerte para los estándares europeos, si lo fuese en relación a la pobreza de sus recursos, y al sistema de desigualdades imperante en aquella nación. Su estructura urbana así lo demuestra: una gran capital político-administrativa, Edimburgo, con funciones culturales y administrativas; otra ciudad menor, Glasgow, con Universidad, comercio y astilleros, y el resto de la población dispersa en pequeñas comunidades costeras (pescadores) o interiores donde cam-

⁸ T.R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*, México: F.C.E., 1951, pág. 58.

⁹ *Ibid.*, p. 236 y ss.

¹⁰ G.M. Trevelyan, *History of England*, Hardsmonworth: Pengouin Books, 1942, p. 293.

pesinos pobres trabajaban tierras de los jefes de clan en un sistema social más tribal que feudal, y desde luego bastante alejado —por aislamiento— de la evolución social de la Europa Continental y aún de la propia Inglaterra.

En la última década del siglo XVII la situación económica en Escocia era de subdesarrollo absoluto y de auténtica crisis económica. Los métodos agrarios eran aún medievales; no se trabajaban las tierras bajas por ausencia de procedimientos de drenaje, lo que las mantenía permanentemente encharcadas, mientras que las tareas agrícolas se centraban en las laderas de las colinas. Los bosques primitivos habían desaparecido, y no existían por ninguna parte marcas, vallas o lindes de propiedades, con lo cual la confusión y las disputas estaban a la orden del día. Las mejoras eran imposibles, ya que las tierras eran arrendadas por períodos muy cortos y sin garantía alguna de continuidad, y los terratenientes apenas las querían para algo más que como terreno de caza.

Las viviendas populares de los campesinos eran habitaciones únicas de piedra cubiertas de ramas amasadas con turba. Las edificaciones no tenían ni ventanas ni chimenea, y cuando se abría algún vano no existían cristales que colocar en el mismo, por lo que se cerraban con contraventanas y batientes de madera. La base de la alimentación era la cerveza y la harina de avena. El comercio y la industria eran prácticamente inexistentes, y el millón aproximado de escoceses que soportaban esas condiciones de vida sobrevivían como agricultores pobres, pescadores y mercenarios o comenzaban a emigrar a España, Francia o a las costas orientales de Norteamérica. Y los que se quedaban, como nos señalan los autores de la época eran más versados en el estudio y conocimiento de la Biblia, y en discusiones teológicas, que en temas y disciplinas que podrían haber contribuido a hacer más llevadero su absoluto subdesarrollo social, económico y cultural. A finales del siglo XVII el círculo de la pobreza y de la miseria encerraba a Escocia como a la mayor parte de las naciones alejadas del Mediterráneo.

¿Y cómo se rompe este círculo?. Fundamentalmente por causas de origen exógeno que pueden considerarse estrechamente relacionadas con la pérdida de independencia política por parte de Escocia. En efecto, en 1707, en los comienzos del siglo XVIII se produce la Unión del Norte y el Sur de la isla; el Parlamento y el Consejo Privado de Escocia son absorbidos por sus equivalentes ingleses, y fijan su sede en Westminster. Edimburgo, la pobre capital de una pobre nación queda reducida inicialmente al papel de una ciudad provinciana, con una única posibilidad: la capitalidad cultural. Volviendo una vez más a ese maestro de la historia que es Trevelyan, destacaremos con él que este hecho

«indudablemente fue un amargo sacrificio para el orgullo escocés, pero constituyó el precio necesario para la expansión económica y material de Escocia»¹¹.

Y, desde luego, el resultado fue espectacular. Como señalan buen número de especialistas en Historia Económica, el mercado potencial de la economía escocesa se multiplicó por veinte o treinta, con el consiguiente efecto expansivo en su estancada economía. Además, la aplicación de la legislación inglesa transfor-

¹¹ *Ibid.*, p. 358.

mó el sistema de arrendamientos rurales al permitir alargar el plazo de las cesiones de tierras y explotaciones, con lo que se pueden introducir mejoras sustanciales, como desecación de pantanos, cercado de fincas, mejoras en la explotación, etc., que permiten generar un poco más de una década un excedente económico tan considerable como para poder financiar una actividad industrial precapitalista considerable en las rías de Glasgow y Edimburgo.

Este proceso de carácter local se ve además favorecido por otro de carácter más general. Como han señalado Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein¹², a lo largo del siglo XVII y desde luego de forma decidida durante el XVIII, se ha ido produciendo un desplazamiento de los centros hegemónicos europeos desde el Mediterráneo al Norte de Europa Occidental. La hegemonía política detentada por Valladolid o Madrid ha pasado a París y Westminster; la hegemonía económica ya no la detentan Sevilla o Génova, sino Amsterdam. En esa traslación espacial de los centros de poder, Edimburgo se ve grandemente favorecida. A pesar de estar aún en la periferia del nuevo sistema de poder en formación, no cabe duda de que se encuentra mucho mejor situada; a sólo una o dos jornadas de Amsterdam y tres de París frente a diez o doce de Sevilla o Lisboa. Se dá también, como es lógico, un fenómeno ecológico, de proximidad al Centro de las decisiones, que le favorecerá enormemente en ese momento crucial, y en los siglos venideros.

Pero quizás, lo más importante de todo —con serlo ya lo señalado hasta aquí— es la apertura forzosa de la sociedad escocesa al resto del mundo. El carácter parroquial de la sociedad escocesa hasta el siglo XVII (que había hecho cocerse en su propia salsa a los escoceses desde la época en que el emperador Adriano edificó el muro que lleva su nombre para mantenerlos alejados del Imperio), se rompe. Desde 1707 Escocia entra en Europa de la mano del Parlamento de Westminster, y su sociedad no tiene más solución que abrirse a las realidades del mundo. Con ello la sociedad y la cultura escocesa se abrieron, se universalizaron, y la propia Escocia, y la comunidad mundial salimos ganando en el cambio.

Particularmente interesante son las relaciones que los prohombres escoceses establecen con París. Si bien la clase política escocesa y sus terratenientes más importantes pactan con el Parlamento Inglés, son sus intelectuales, agrupados en Edimburgo y St. Andrews los que mantienen una desvaida reivindicación nacionalista, que se traduce en unas estrechas relaciones con París puenteando Oxford y Cambridge los centros de saber oficial ingleses que no merecen sino desprecio a los universitarios escoceses, como se verá más adelante en el caso de Adam Smith.

Pero no fue sólo el caso de Smith. Ferguson, Millar y Hume mantienen relaciones estrechas con académicos y prohombres franceses. La conexión de la Universidad de Edimburgo con La Sorbona, la relación personal de Rousseau con Adam Smith y la influencia de Montesquieu en Ferguson contribuyeron, sin duda más de lo que hasta ahora nos es dado conocer, a desarrollar en Francia y

¹² F. Braudel, *Le Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris: P.U.F., 1975, y I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, Madrid: Siglo XXI, 1979.

Escocia el espíritu de la Ilustración, como avanzadillas de la Ilustración europea en general.

Con todo lo anterior he pretendido describir algunas bases del cambio en las condiciones materiales, políticas y morales que posibilitaron el desarrollo del fenómeno de la industrialización escocesa y de su movimiento Ilustrado. A partir de 1750 esas bases están ya firmemente asentadas, y el proceso se ha disparado. 1707 y la pérdida de independencia política son un hito importante para Escocia que paradójicamente a partir de ese momento empieza a contar en el mundo económico e intelectual. Como señala Trevelyan:

«el arreglo fue aceptado con reservas por Escocia, aunque luego fue la gran beneficiada y la vencedora en un pacto que le quitó independencia nominal aunque no real, pero que le abrió las puertas de su prosperidad futura»¹³

III

Sentadas las bases materiales, pasemos a delimitar las personas que pueden quedar incluidas en este colectivo de Ilustrados. No hay acuerdo en los estudiosos sobre quienes son los componentes del mismo, existiendo algunas variantes, según el enfoque del autor. En lo que sí hay un acuerdo generalizado es en incluir los nombres de Ferguson, Millar, Hume, Hutcheson y Adam Smith en todos los estudios y en todas las selecciones de textos. Este núcleo aparece de manera invariable en estudios bajo apelativos diversos, tales como moralistas, sociólogos, teóricos del sentido común, filósofos sociales, etc.

Sin embargo no es el aspecto de moralistas ni de filósofos de los ilustrados escoceses el que estoy interesado en desarrollar aquí. Ello ya ha sido hecho por otros autores como Schneider o MacIntyre con éxito notable. Lo que me interesa es destacar la enorme tarea sociológica de estos hombres, y para ello me voy a centrar en la obra de Adam Ferguson y Adam Smith, dejando relegado el estudio de otros destacados autores, como Millar y Hume que tienen, sin embargo, menor relevancia sociológica.

Ello no obsta, sin embargo, para que haya una preocupación intelectual común a todos estos hombres, que queda epitomizada —según señalan Arboleya y MacIntyre— en la exposición magistral realizada por Mandeville en su conocida *Fábula de las Abejas*. Para Mandeville la adición de vicios o defectos individuales puede llegar a traducirse en bien común o bienestar colectivo; los vicios privados, como la usura o el afán de lucro podrían transformarse en beneficio público, como el crecimiento económico de la sociedad; se trata de un problema muy actual aunque ahora se nos plantea desde un punto de vista más tecnificado:

«déjenme obtener más beneficios y sólo entonces invertiré y daré trabajo a los parados».

¹³ G.M. Trevelyan, *History... cit.*, p. 358.

El segundo tema puesto de manifiesto por Mandeville y retornado más tarde por Millar y Hume es el siguiente:

«si los juicios morales son la expresión del sentimiento, ¿cómo pueden ser algo más que la expresión de los intereses personales?»

o lo que es lo mismo:

«son los juicios morales solamente la manifestación de los intereses personales?»

Buena parte de la obra de Millar y Hume están centradas en estos temas que también preocuparán a Smith. Así, buena parte de *La Riqueza de las Naciones* está profundamente basada en el tema de las relaciones entre bien público o común e intereses individuales. Sin embargo, como los fundamentos éticos de la obra de estos autores no son el eje central de mi preocupación actual sobre Ferguson y Smith, hora es ya de entrar en los aspectos sociológicos de la obra de ambos.

Adam Ferguson (1723-1816) nace en el condado de Perthshire, en las tierras altas de Escocia; fue capellán de uno de los más conocidos regimientos escoceses (*Black Watch Highland Regiment*), que abandona en circunstancias poco claras; mantiene desde el principio una estrecha relación con los círculos intelectuales más avanzados de París. Es sucesivamente profesor de Filosofía Natural, Pneumática y Filosofía Moral y publica una serie de textos encaminados a sistematizar sus ideas y a exponerlas a sus alumnos, en su actividad docente¹⁴. Ferguson aparece, como un personaje atípico para los estándares de normalidad y moralidad de su época. Militar peculiar, capellán contestario, portador de ideas sobre la sociedad y la moral no muy acordes con las de la sociedad provinciana que le rodea, su integración nunca será total.

Aunque el contenido sociológico de sus obras es evidente, hay que señalar cómo la intención fundamental de Ferguson fue la de un moralista. Su sociología está fuertemente enraizada en su teoría ética, como también ocurre, hasta cierto punto con la de Adam Smith. Ferguson (como Montesquieu o Gibbon) toma a Roma como modelo, y de su historia extrae buena parte de sus conclusiones morales o sociales; se trata de la moda intelectual de la época: Roma, en sus diversas etapas (República, Imperio, Monarquía), es *el caso* a estudiar, facilitado por la abundancia de las fuentes y la sólida formación clásica de la época. Su texto sociológicamente más relevante es su *Civil Society* (1767) (*An Essay on the History of Civil Society*), escrito sin duda como una contraposición a algunas de las ideas vertidas por Locke en su *Civil Government*. En su conjunto, la obra de Ferguson no intenta explicar la organización política en términos contractuales, como Hobbes, Locke o Rousseau, sino que intenta destacar algunas características distintivas de la sociedad civil o estructura social, en términos actuales. La visión

¹⁴ Las obras básicas de Adam Ferguson son las siguientes:
 (1967) *An Essay on the History of Civil Society*
 (1772) *Institutes of Moral Philosophy*
 (1782) *History of the Progress and Termination of the*

que Ferguson nos da de la estructura social a lo largo de las páginas de su *Civil Society* podría considerarse en torno a los puntos siguientes:

1. *El estudio de la humanidad es el estudio de grupos y no de individuos.* Para Ferguson, la individualidad está fundamentalmente relegada al colectivo, sobre todo en el aspecto metodológico. En este sentido afirma de manera destacada en su *Civil Society*:

«El ser humano es, por naturaleza, miembro de una comunidad; y cuando se le considera en esta capacidad, lo individual aparece como ajeno al mismo. (...) Es únicamente parte de un todo; y cuando elogiamos su virtud lo hacemos solo a una parte de un todo, como a una parte de un edificio o a un motor, por estar bien diseñado para ocupar su lugar y producir su efecto»¹⁵.

El individuo como motor de la sociedad, tan caro a liberales y funcionalistas, no existe en la obra de Ferguson, ferviente colectivista en la misma dirección en que se manifestará, posteriormente Marx o Durkheim. Como consecuencia de esta posición, para estudiar la humanidad hay que proceder al estudio de grupos o colectivos sociales, ya que las propiedades de éstos no son forzosamente la suma de las propiedades de los individuos que los componen. El posicionamiento frente —o contra— al individualismo metodológico aparece ya en estas manifestaciones o balbuceos de la teoría sociológica con una enorme fuerza doctrinal.

2. *La vida en sociedad es el «estado natural» del hombre.* Estrechamente ligada con la concepción colectivista está la idea de que el «estado natural» del hombre es el estado colectivo o social. Se trata de un rechazo de la interpretación ingenua de que el hombre era un individuo aislado que se unió con otros semejantes para protegerse de elementos hostiles, renunciando a su soberanía individual en favor de otros. Para Ferguson

«La humanidad ha de ser tomada en grupo, como siempre ha subsistido. La historia del individuo es sólo un detalle de los sentimientos y pensamientos que ha experimentado en relación a su especie: y cualquier experiencia en este sentido debería ser hecha con sociedades enteras, no con hombres individuales»¹⁶.

Resulta altamente interesante esta interpretación por lo que tiene de rechazo de las teorías contractuales y coercitivas del orden social. Según Ferguson la vida en sociedad no es el resultado, ni de un pacto, ni de una imposición, sino que es lo natural en el hombre, como en otros animales gregarios. Es un fenómeno propio de la especie humana, no el resultado de un proceso de naturaleza racional o volitiva, como daban a entender Hobbes o Rousseau. Las formas posteriores de organización sí serán el resultado de contratos o bien impuestas por la fuerza, pero el mero hecho de la vida en común es natural e inherente a la naturaleza humana.

¹⁵ Adam Ferguson, *An Essay... cit.*, pág. 95.

¹⁶ Adam Ferguson, *An Essay... cit.*, pág. 6.

3. *La sociedad no es ni puede ser comparable a un organismo vivo, ni sus partes a órganos del mismo.* Ya hemos visto, en la primer cita textual de Ferguson cómo éste comparaba la sociedad a una estructura inorgánica (motor o edificio). Más adelante, en su *Civil Society*, Ferguson rechaza de forma explícita y manifiesta la concepción organicista de la sociedad y el orden social, que había sido empleada antes por filósofos y teólogos, y que será desarrollada más tarde por Spencer y otros sociólogos organicistas y evolucionistas. Así, la analogía orgánica es rechazada en los orígenes mismos de la sociología, como forma de entender el funcionamiento de la sociedad y el mantenimiento del orden social.

4. *El conflicto social es esencial.* A lo largo y ancho de la obra de Ferguson la enorme importancia del conflicto como elemento estructurador de la sociedad es incuestionable. El conflicto se dá y actúa a todos los niveles: en las relaciones entre los hombres, en las del gobernante con los gobernados, en las de las naciones con otras, etc. Al estudiar todos y cada uno de los posibles casos de conflicto, y de los efectos que produce en la estructura social, Ferguson se anticipa a Simmel y aparece como uno de los pilares potenciales del conflictivismo sociológico. Es curioso cómo el conflicto, como elemento estructurante y condicionador de las relaciones sociales es una constante de la teoría social a nivel europeo. Esta tradición conflictivista sólo se ha visto interrumpida en breves períodos, fundamentalmente en obras próximas al organicismo, al evolucionismo y al funcionalismo. Conceptos plenamente modernos como dominación, expansión imperialista, subordinación activa y pasiva, utilización del comercio para la expansión, etc., están presentes con una significación actual en la obra de Ferguson.

5. *La población ha de crecer a pesar de las trabas que pueda encontrar por limitación de los recursos.* Es curioso encontrar ya en Ferguson un esbozo de teoría demográfica de corte populacionista. Ferguson, como Condorcet, Smith, Malthus o Marx, enuncia su teoría sobre la población como objeto de todo crecimiento de la riqueza. Para este autor debe existir una política social encaminada a conseguir el crecimiento demográfico; sólo las sociedades bárbaras o atrasadas no lo entienden así. Afirmaciones como las que siguen son frecuentes en el texto de la *Civil Society*¹⁷.

«La sociedad no conoce otro momento más dichoso que el continuo crecimiento de sus miembros».

«Lo esencial sería no permitir las grandes unidades, y obligar a la humanidad a dividirse en fracciones pequeñas de tal manera que su propia reproducción fuese su objetivo fundamental».

Naturalmente en un contexto así cualquier práctica de control de la natalidad es vista con desconfianza particular. En este sentido, Ferguson analiza (igual que si escribiera en nuestros días) el caso de China, y manifiesta su reprobación

¹⁷ Adam Ferguson, *An Essay... cit.*, pág. 231 y 232.

por algunos de los métodos allí empleados. Perdóneseme, pero no me resisto a reproducir, sus propias palabras:

«En la isla de Formosa se prohíbe el matrimonio de los hombres menores de cuarenta años. En lo que se refiere a las mujeres, si quedan embarazadas antes de la edad de treinta y seis, son obligadas a abortar por orden de un magistrado, y se emplea gran violencia con objeto de poner en peligro la vida de la madre, junto con la de la criatura»¹⁸.

Más adelante señala, cómo esta práctica no disuade a los habitantes de Formosa de reproducirse sino que —como en el caso de las instituciones encaminadas a la coerción— produce un efecto contrario al deseado.

Lo importante en Ferguson no es, sin embargo su posición populacionista, sino su análisis de las relaciones entre población y riqueza. Como más adelante señalará también Adam Smith, el crecimiento económico será la forma más adecuada de acrecentar la población; así, el desarrollo de la industria, el perfeccionamiento de los oficios, y la mejora de los derechos de los habitantes aparecen como el mejor medio de asegurar un crecimiento rápido de la población.

6. *La división del trabajo social tiende a romper los vínculos sociales.* Particularmente interesante es el análisis del proceso de división del trabajo social que, según Marx, fue un antecedente del realizado por Adam Smith y del suyo propio. Según Ferguson, el trabajo proporciona al hombre una satisfacción pecuniaria y otra más difícilmente cuantificable que se deriva del reconocimiento que los demás prestan a un trabajo bien hecho. El artesano se reconoce en sus trabajos y está orgulloso de los mismos. Al dividirse las funciones con la complejificación de la producción, el hombre pierde la satisfacción de producir objetos del principio al fin. En este sentido la división del trabajo se convierte en «un intento para desmembrar el carácter humano y destruir aquellos oficios que intenta mejorar».

Como puede observarse lo resumido hasta aquí no es sino una *teoría de la alienación* en el trabajo por una pérdida del sentido de la propia tarea y de la relación con el producto elaborado. Así, hay que manifestar el acuerdo con Marx en que la división del trabajo en Ferguson es un antecedente del mismo sujeto en Adam Smith. Ello es tan cierto como que la teoría de la alienación de Ferguson es el antecedente inmediato de la alienación en las obras de juventud de Marx. Y este no es un hecho citado con frecuencia, quizás por no ser bien conocido. Ferguson se revela como el antecedente más inmediato de la teoría marxista clásica sobre la alienación, y de las teorías más actuales sobre la pérdida del sentido del propio trabajo en las modernas cadenas de montaje.

Pero no es sólo este el problema. Además de como alienante, Ferguson percibe la división del trabajo social como una destrucción del orden social tradicional. Los vínculos sociales tradicionales nunca podrán seguir siendo los mismos; el antiguo sistema gremial será reemplazado por algo que Ferguson no percibió

¹⁸ Adan Ferguson, *An Essay...* cit., pág. 233.



pero a lo que indudablemente temía. En este sentido su visión es pesimista y sombría en contraposición a la de Smith, optimista y esperanzadora.

A lo largo de los últimos años se han formulado diversas críticas del contenido filosófico de la obra de Ferguson. En primer lugar hay que citar su enorme conservadurismo al evaluar con reservas el cambio social que «envuelve peligros y no mejora necesariamente la integridad individual del hombre»; en el mismo sentido hay que evaluar su teoría de la alienación inducida en el trabajador por el progresivo desarrollo de la división del trabajo, que le convierte en «ignorante de todos los asuntos sociales», y en mero productor de algo que no controla. En segundo término, hay que señalar las escasas referencias a la cultura en sus análisis de la estructura y del cambio social. Como ejemplo baste señalar como ello se manifiesta por prudencia, prejuicio o indiferencia, en un desden por el papel del factor religioso de la vida social.

Sin embargo, los aspectos positivos de su obra, son aplastantemente favorables. Aparte de los ya citados, a saber, colectivismo, anti-organicismo, perspectiva conflictivista y percepción de la alienación derivada de la división del trabajo, hay otros que merecen ser mencionados siquiera de pasada. Así, son particularmente relevantes los análisis referentes a cómo la solidaridad colectiva y la inventiva que se derivaron de las guerras, las luchas feudales y las rivalidades locales, provocaron los cambios más importantes que tuvieron lugar en la sociedad europea de este milenio.

Es de destacar también el consenso generalizado entre los diversos autores que han estudiado la Ilustración escocesa, de que Ferguson es quizás el único autor que escaparía a la calificación de «precursor del funcionalismo». Coincido plenamente con esa afirmación. En mi opinión *Civil Society* es uno de los mejores textos hasta ahora existentes sobre solidaridad, diferenciación y evolución y conflicto social en una línea intelectual que reaparece doscientos años después en algunos textos de Wittfogel y Barrington Moore.

Y para concluir este rápido «excursus» sobre la obra de Ferguson, quiero dar mi parecer de lector sobre una opinión y un interrogante formulado por Donald Mac Rae, sin duda uno de sus mejores exégetas. Mac Rae afirma, sin ambages alguno que «la sociología comenzó con Ferguson. El se dió cuenta de lo esencial de su naturaleza y a partir de ahí se desarrolló proposiciones de una nueva especie, sobre todo en sus interrelaciones sistemáticas»¹⁹. El interrogante puede resumirse en la pregunta sobre porqué no se desarrolló la sociología a partir de las teorías de Ferguson.

Respecto de la afirmación de Mac Rae de que Ferguson fue el primer sociólogo, me parece una cuestión irrelevante. Ya he dicho antes que hay que atribuir a un colectivo antes que a una persona aislada la paternidad del cambio en la forma de razonar sobre la sociedad; en mi opinión ese colectivo existió en el período 1740-1780, y fue un abigarrado núcleo compuesto por ilustrados escoceses como Ferguson y Smith y por *philosophes* franceses como Condorcet y Montesquieu.

¹⁹ Mac Rae, *cit.*, pág. 35.

La realidad es que cuando Comte le dió el nombre, la sociología gozaba ya de excelente salud.

Respecto de la interrogante de porqué no se desarrolló una sociología colectivista y conflictivista a partir de Ferguson, la respuesta parece ser múltiple. De una parte está la aparente incapacidad británica de desarrollar una sociología importante —con la excepción de Spencer y el darwinismo social— hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX; los británicos han sido capaces de potenciar otras ciencias sociales, como la antropología social, la economía política o la geografía, pero han quedado postergados hasta hace treinta años en el desarrollo de la sociología. En segundo lugar está el fenómeno de la Revolución Francesa, que polarizó la atención sobre la obra de Filósofos e Ilustrados cortando la conexión intelectual con la obra del Antiguo Régimen que, en cierto modo, representaban autores como Ferguson.

En cualquier caso quiero participar en la reivindicación sociológica de este autor, que releído después de dos siglos aparece como extrañamente actual en este momento de búsqueda de ideas y alternativas para salir de la crisis actual.

IV

El otro autor de la época que requiere de una profunda lectura e interpretación sociológica es Adam Smith. En uno de sus libros más recientes, Galbraith señala que Adam Smith es «el hijo más importante de Escocia», y afirma —y coincido plenamente con ello— que

«así como Karl Marx es una fuente de conocimiento social demasiado valiosa para dejarla como exclusiva propiedad de los comunistas, también Adam Smith es demasiado sabio y entretenido para relegarlo entre los conservadores, pocos de los cuales lo han leído alguna vez»²⁰.

Adam Smith es el otro escocés del siglo XVIII que da un fuerte impulso a las ciencias sociales. Aunque generalmente se le considera —con criterios bastante estrechos— como el padre fundador de la economía, hay que destacar la enorme importancia sociológica de su obra, como se pondrá de manifiesto en el análisis que sigue; es también de la mayor importancia la realización de una «lectura sociológica» de la vida y la obra de Smith, pues sólo con ella encontraremos la génesis de buena parte de las ideas sociales del XIX y, en particular, de buena parte del pensamiento de Marx.

Adam Smith nace en 1723 en Kirkaldy, pequeña villa marinera separada de Edimburgo únicamente por la ría del Forth. En su pueblo sólo había, según confesión propia, una pequeña aduana, algo de pesca, escasa agricultura y una fábrica de alfileres; por azar, estaban reunidos los elementos básicos del análisis realizado en *La riqueza de las naciones* (*The Wealth of Nations*). Estudia en la Uni-

¹⁹ J.K. Galbraith, *Anales de un liberal impenitente*, Vol. I, Barcelona: GEDISA, 1982, pág. 107.

versidad de Glasgow. En 1740 va a Balliol College, Oxford, donde permanece por un periodo de seis años, durante los cuales emite unos juicios muy duros que incluso nos revelarían en esa Universidad la apariencia de una situación quizás próxima a la de la Universidad española contemporánea. Dice Smith: «En la Universidad de Oxford la mayor parte de los catedráticos han abandonado, desde hace muchos años, incluso la apariencia de enseñar»; esta situación no es anómala dadas las circunstancias, sino que corresponde al principio económico general de que «cuando las recompensas financieras están divorciadas de los criterios de efectividad, el resultado es un abandono de las obligaciones».

En 1751, Smith ocupa la cátedra de Lógica de la Universidad de Glasgow, pasando en 1752 a la de Filosofía Moral. En 1777 es nombrado Comisario Real de Aduanas de Escocia. Muere en 1790. Adam Smith está considerado como uno de los apóstoles del libre comercio; fue amigo personal de Ilume y de Rousseau, conoció a enciclopedistas, como d'Alembert, a fisiócratas como Turgot, Necker y Quesnay, y fue consejero de Pitt. Ya en su tiempo estaba considerado como uno de los hombres más preeminentes de su época en el terreno de la filosofía moral y de la naciente teoría social; pero es en el campo de la economía política y de la sociología donde más se desarrolló su capacidad interpretativa.

La obra de Adam Smith se encuentra concentrada en torno a sus dos libros fundamentales, *The Theory of Moral Sentiments* (1759) y *The Wealth of Nations* (1776)²¹; existen además algunos apuntes de clase, tomados de cuadernos de notas de alguno de sus alumnos, que han sido recopilados como «lecturas», aunque tienen el inconveniente de no conocer qué parte del texto es propio de Smith y qué parte se debe a la interpretación de sus discípulos²². Como consecuencia de los procesos de división e institucionalización de la actividad científica organizada, Adam Smith ha sido visto siempre desde su época como el «creador de la ciencia económica moderna». Esto puede ser cierto, pero no es lo único cierto. Lo que es más cierto, y conviene ponerlo de manifiesto, es la gran aportación que Smith hizo al conjunto de las ciencias sociales de nuestros días, tanto a la economía como a la sociología. Esto último sólo podrá ser puesto de manifiesto a través de una «lectura sociológica» (no partidaria) de su obra. En los últimos años ha empezado una decidida campaña en pro de una revalorización del contenido de la obra de Smith, y las afirmaciones que siguen son sólo una muestra de algunas de las inestimables aportaciones de Smith al desarrollo de la sociología teórica.

No voy a hacer aquí un análisis general de la obra de Smith; voy a limitarme a destacar cuatro grandes aportaciones al terreno de la sociología. Esas cuatro aportaciones son: a) la teoría del crecimiento económico y la división del trabajo

²¹ La traducción literal ha sido *La riqueza de las naciones*; sin embargo, una lectura del texto nos inclina a pensar que se ha tomado la palabra *wealth* en su sentido *estático* (riqueza) y no en el sentido *dinámico* (crecimiento de la riqueza) que es el que Adam Smith utilizó. Así pues, una traducción correcta, que correspondiera al contenido del libro y a la intención de su autor habría de ser «El crecimiento económico de las naciones».

²² Ver un resumen en T.D. Campbell, *Adam Smith's science of Morals*, Londres: G. Allen & Unwin, 1971.

social; b) las relaciones entre crecimiento económico y crecimiento demográfico; c) la teoría de la estratificación social; d) la teoría moral.

A) *Teoría del crecimiento económico*. La gran aportación de Smith en su *Riqueza de las Naciones* es su teoría sobre las relaciones entre el crecimiento económico de las naciones y la división del trabajo social. Es bien conocido el enfoque economicista derivado de la obra de Smith, que define el crecimiento económico como una consecuencia de la acumulación de capital obtenida inicialmente a partir de los excedentes de la producción agraria.

Por otra parte, es también conocida, aunque de manera independiente, la teoría de la división del trabajo social; al menos todo el mundo ha leído el ejemplo de los alfileres citado por Smith al comienzo de su obra.

Lo que es menos conocido es la profunda relación expresada por Adam Smith entre ambos procesos. Para Smith

«la división del trabajo produce (...) en todos los oficios un incremento proporcional de la productividad del trabajo»²³.

más adelante señalará

«Es la multiplicación de la producción en todas las actividades, como consecuencia de la división del trabajo, la que ocasiona, en una sociedad bien gobernada, la opulencia general, que llegará hasta los rangos más inferiores de la población»²⁴.

Se trata, pues, del eje central de la obra de Smith. El núcleo de la misma no es sino una teoría del crecimiento económico en la cual la división del trabajo social ocupa el papel de variable independiente fundamental del proceso. El crecimiento aparece como una función monótona creciente de la división del trabajo social:

$$\Delta Y = f(\text{div. del trabajo}) \quad (1)$$

Y lo más destacable, aunque no se ha puesto de manifiesto hasta ahora, es que *ésta relación sociológica es el eje fundamental de la obra de Smith*, mientras que la relación entre crecimiento y acumulación de capital, que los economistas destacan, no es sino una *relación instrumental* de orden secundario en importancia.

La división del trabajo aparece, pues, como causa y motor del proceso de cambio, y no como una consecuencia más, entre otras muchas, del mismo proceso.

En efecto, Adam Smith consideró la división del trabajo en un doble sentido; de una parte, y como ya he señalado, como tendente a una especialización creciente que precede y acompaña al progreso económico. De otra parte, dando entrada a la distinción que desde entonces hizo fortuna en la llamada economía clásica y que constituye una de las bases de la doctrina marxista de la división

²³ A. Smith, *The Wealth of Nations*, Hardmondsworth: Pengouin, 1972, pág. 110.

²⁴ A. Smith, *The Wealth... cit.*, pág. 115.

del trabajo: la distinción entre *trabajo productivo* (que produce bienes tangibles y da lugar a la aparición de un excedente acumulable) y *trabajo improductivo* (el que no reunía esas condiciones). El *mercado*, que aparece en *La riqueza de las naciones* ya como un tipo ideal, el regulador de la división del trabajo social. En conjunto, puede decirse que la división del trabajo en Adam Smith es superior, en algunos aspectos a la teoría de Durkheim; que antecede, y es la base de las teorías clásicas y marxistas, siendo incluso un antecedente de la doctrina de la plusvalía.

B) *Las relaciones entre crecimiento económico y crecimiento demográfico.* De enorme interés es también el tratamiento que Smith da a las relaciones entre población y cambio social²⁵. Como en el caso de Ferguson, vuelvo a recalcar cómo el tema demográfico está en la base de su análisis social y económico. Este énfasis se perderá sin embargo en gran medida en los economistas y sociólogos del siglo XIX y buena parte del XX.

Para examinar las relaciones entre ambos crecimientos, Smith crea un tipo ideal de estado de la estructura social, que podríamos denominar «estadio Progresivo» (EP). Imaginemos una situación en la cual exista una fuerte oferta de empleo, y por consiguiente, una gran demanda de población asalariada (DT); según Smith esa demanda producirá un crecimiento real de los salarios reales (W), lo que se traducirá, a plazo medio, por un crecimiento de la población (P), bien por crecimiento natural, bien por migración. Se tiene así que

$$\boxed{\Delta DT \rightarrow \Delta W \rightarrow \Delta P} \quad (2)$$

Aparece de esta forma la primera relación conocida entre crecimiento de la renta (ΔY) y crecimiento de la población

$$\boxed{\Delta P = f(\Delta Y)} \quad (3)$$

siendo la segunda una función de la primera.

Establecidas estas relaciones causales entre riqueza y población, Adam Smith pasa a definir el concepto de “*estadio progresivo*”. Una economía estará en *estadio progresivo* cuando se den de forma simultánea fuertes crecimientos de la riqueza, acompañados de fuertes crecimientos demográficos, siendo además los segundos producidos por los primeros. Este *estadio progresivo* es la base de todo crecimiento económico generador de riqueza real. De esta forma la riqueza tendería a repartirse entre la población mediante un aumento de los salarios reales, y las necesidades demográficas del sistema quedarían garantizadas por el crecimiento vegetativo.

Frente a este *estadio progresivo*, existiría según Smith un «estadio saturado» (ES), caracterizado por crecimientos pequeños o nulos de la riqueza, y variaciones no especificadas en la población. Este estadio no genera riqueza, y es lo más

²⁵ *Ibid.* libro I, caps. 8, 9 y 10; libro II, cap. 3.

parecido a la situación que atraviesa en estos momentos buena parte de la economía mundial: un estadio negativo de estancamiento. El razonamiento de Smith no admite equilibrios teóricos. O se crece, y todo funciona, o se estanca el crecimiento, y el bien común se deteriora rápidamente. Su razonamiento cobra más valor que nunca, ya que parece profético de la situación social actual.

Hay además dos temas de la mayor importancia implícitos en el razonamiento anterior. En primer lugar, el enorme peso del «ritmo de crecimiento» frente al de «volumen de riqueza». El proceso dinámico es lo importante para Smith antes que la cuantía de la magnitud; lo importante son los cambios de magnitud, antes que la magnitud misma. En segundo lugar, la insistencia suya de que no hay ningún mecanismo social que relacione de forma automática y mecánica ΔP con ΔY ; con ello está sentando las bases de una teoría sociológica de la población, al eliminar los automatismos (por ejemplo de naturaleza biológica) que más tarde aparecerán en la obra de otros autores, entre ellos en la del propio Malthus. Esas bases para una teoría sociológica de la población aparecerán explicitadas en *La riqueza de las naciones* al insistir su autor en la importancia que los procesos de construcción familiar y asentamiento espacial tienen en el crecimiento de la población. En una línea similar a la de Ferguson, Smith añadirá más adelante la necesidad de examinar los fenómenos demográficos en su perspectiva sociopolítica²⁶.

C) *La estratificación social*. La estratificación social apuntada por Adam Smith no es sino una consecuencia de su teoría del valor. Recordemos cómo en Smith los componentes del «precio natural» (o valor) de los bienes eran tres: salarios, beneficios y rentas de la tierra; existían algunos bienes cuyo «precio natural» estaba formado por una combinación proporcional de los tres componentes, mientras que otros lo estaban sólo por dos o incluso por uno. En función de todo ello, Smith apunta la existencia de una estratificación en la sociedad de su tiempo, que según él se configura alrededor de tres órdenes o categorías analíticas de la población, en función del origen específico de sus ingresos. Así, los *capitalistas* serían el estrato social cuyos ingresos fundamentales se derivarían de los beneficios del capital; los *terratenientes* derivarían sus ingresos de la renta de la tierra, y los *asalariados*, del salario percibido en función del trabajo realizado.

Este modelo de estratificación, adolece de una serie de ventajas e inconvenientes que me gustaría señalar aquí. En cuanto a sus ventajas señalaré sólo dos: en primer lugar es un modelo lógicamente construido, donde las categorías analíticas se corresponden de forma automática con los componentes del precio natural que las han generado. En segundo lugar es un modelo simple y fácil de comprender, y como tal sirvió de base a todas las teorías sobre estratificación social manejadas por los economistas clásicos, hasta bien entrado el siglo XX; incluso

²⁶ Para un examen detallado de estos temas puede verse el excelente texto de Ian Bowen, *Economics and Demography*, Londres: George Allen and Unwin, 1976. En especial, consultar pp. 61 a 76.

Marx hará uso de ella buena parte de su obra, al interiorizar en la misma la teoría del valor de Smith perfeccionada por Ricardo.

Sus inconvenientes son, sin embargo, mayores que sus ventajas. Citaré en primer lugar la confusión entre las categorías; incluso hoy día es difícil encontrar capitalistas o terratenientes puros, al contrario que en el caso de los asalariados. Otro inconveniente, puesto de manifiesto hacia 1820 es la enorme diferencia existente entre asalariados industriales-urbanos y campesinos sin tierras. Por otra parte, al excluir los oficios y los pequeños artesanos del mismo, estaba Smith excluyendo de su modelo sectores que en su momento eran poco numerosos, pero que fueron ganando importancia con el tiempo.

A mi juicio, la teoría de la estratificación clásica, propugnada por Smith es una de las escasas partes pre-capitalistas o pre-industriales de su obra. Si en conjunto *La riqueza de las Naciones* es un extenso manual sobre el cambio social y económico a mediados del siglo XVIII en Europa Occidental, la teoría de la estratificación supone la construcción de un sistema de tipos ideales estático y pre-moderno, a pesar de la inclusión en el mismo de la figura del que vive de los beneficios del capital. Porque en Smith ese capitalista nos recuerda más la figura del usurero medieval que vive de prestar su dinero, que la del empresario emprendedor de Liverpool, Manchester o Preston.

A pesar de lo mucho que se ha hablado de Smith como apóstol del liberalismo, la verdad es que dedica un extenso comentario al conflicto entre estos tres colectivos de capitalistas terratenientes y asalariados, y a las asociaciones de intereses formadas entre ellos; Smith afirma que la estructura descrita no es justa en su conjunto; de una parte porque supone una dislocación del orden social natural que él contempla como una especie de «comunismo primitivo»; de otra porque siempre será más (asalariados), en una situación de conflicto y negociación.

D) *Teoría Moral*. De acuerdo con T.D. Campbell, la *Teoría de los Sentimientos Morales* es «un intento consciente de elaborar una teoría científica de la moralidad»²⁷. Así, la *Teoría de los Sentimientos Morales* sería importante para la comprensión de *La Riqueza de las Naciones*, ya que presenta una visión mucho más amplia de la obra de Smith. El objetivo fundamental de esta obra, es el de *probar que la moral (la ética, sería quizás más apropiado) puede ser estudiada en términos científicos, huyendo de los métodos de la «filosofía natural»*. Se trata de una aplicación de la metodología científica newtoniana al estudio de la sociedad.

Según Smith la conducta humana actuaría de acuerdo a seis motivos fundamentales.

1. Autocomplacencia (*self-love*)
2. Simpatía
3. Deseo de libertad
4. Sentido de propiedad

²⁷ T.D. Campbell, *Adam Smith's... cit.*, pág. 29.

5. Hábito de trabajo
6. Propensión a cambiar unos bienes por otros.

Dadas esas características básicas de la conducta, cada hombre es el mejor juez de su propio interés, y se le debe dejar en libertad total para seguir su propio camino. Ineludiblemente utilizará su libertad en su propio interés (*self-interest*) y, «providencialmente, la persecución del interés propio, se traducirá en la consecución del bienestar colectivo» (según palabras del propio autor). Según la interpretación de Eric Roll²⁸ ello es así «porque la Providencia ha hecho la sociedad como un sistema donde prevalece el orden natural. Los diferentes motivos de la acción humana están tan cuidadosamente equilibrados que el beneficio de unos pocos no puede entrar en conflicto con el bienestar de los más». De ahí no hay más que un paso a la doctrina de la «mano invisible», tan cara a Smith y a algunos teóricos del libre cambio económico.

Dejando a un lado la ingenuidad interesada que cabe observar en estas afirmaciones de Smith, quizás lo más importante de su *Teoría de los Sentimientos Morales* es algo que no se ha puesto lo suficiente de manifiesto y que cabría sintetizar en los dos puntos siguientes. En primer lugar su intento de estudiar lógica y racionalmente problemas de ética sacándolos del terreno filosófico y pasándolos al de la metodología científica de la época. En segundo término está su esbozo de una metodología que sólo en el siglo XX alcanzará pleno reconocimiento en la obra de Popper: el avance del conocimiento científico mediante un procedimiento basado en la concatenación de una serie lógica de conjeturas y refutaciones.

En este texto, en su *Teoría de los Sentimientos Morales*, donde se manifiesta en todo su vigor el liberalismo Smithiano; en esa mano invisible que de una manera automática transformará en armónica la lucha por la preeminencia individual de todos los miembros del colectivo.

Como señala Galbraith parece como si la visión de Smith acerca de una sociedad liberal basada en el crecimiento económico y demográfico, con un sistema de clases basado en el origen de las retribuciones económicas, y con un sistema ético fundamentado en la maximización de los beneficios individuales, hubiese sido destruida por su propio éxito. En efecto, la evolución posterior de los acontecimientos obligó a potenciar más y más el papel de un elemento secundario en el modelo de sociedad de Smith: el Estado. El Estado, que aparecía desdibujado en *La Riqueza de las Naciones*, fue jugando cada vez más un papel decisivo como árbitro entre las partes o como sosten descarado de alguna de ellas, llegando en nuestros días a ser imprescindible para regular y amortiguar los efectos de los períodos de recesión que Smith definió como Estadios Saturados.

²⁸ E. Roll, *History of Economic Thought*, Londres: Faber, 1938, pág. 29.

V

En la exposición que antecede estimo que ha quedado suficientemente demostrada la importancia de los Ilustrados escoceses, a través del estudio de Ferguson y Smith, en el origen del estudio científico de los problemas sociales por medio de la sociología y de la economía política. Existen, sin embargo, notables semejanzas y diferencias entre ambos. Coincidieron Smith y Ferguson en acusar la influencia de los moralistas de su época, ya que ellos mismos formaban parte de un colectivo de estudiosos de problemas de ética individual y social. En particular fue grande la influencia de Mandeville en la *Teoría de los Sentimientos Morales* de Smith. También coincidieron Smith y Ferguson en su *afán secularizador* de la interpretación de los fenómenos y relaciones sociales, y en la importancia atribuida por ambos al proceso de división del trabajo como elemento fundamental del cambio social. Creo que su papel como sociólogos ha de ser reivindicado, ya que existen bases consistentes más que suficientes para ello.

Hay, sin embargo, notables diferencias entre ambos. Smith se centrará en la idea del interés individual, mientras que Ferguson incidirá mucho más en los aspectos sociales colectivos. Cada uno podría haberse convertido en el origen de un paradigma sociológico bien diferenciado: colectivista a partir de Ferguson, e individualista a partir de Smith. No fue así.

Mi posición como sociólogo está mucho más cercana, desde luego, a la visión básica de la sociedad expuesta por Ferguson; por ello no me importa asumir casi en su totalidad la idea de Arboleya cuando señaló hace ahora tres décadas:

«La burguesía escocesa, con lo que ella comporta: racionalización, dominio propio de la existencia, señorío sobre el mundo, observación de él, han llevado a Ferguson a abrir una clara perspectiva sobre un posible objeto de una posible ciencia. La sociología está *in nuce* en la espléndida obra del escocés. ¿Cómo advendrá a cobrar conciencia de sí misma?»²⁹.

La realidad es que hicieron falta más de cien años aún para que la sociología tomara conciencia de sí misma.

²⁹ E. Gómez Arboleya, *Historia... cit.*, pág. 277.